

porque, ¿qué importa al mancebo la jerarquía, a lo menos al mío? No obstante, si sube, se expone a mil males reales que sentirá toda su vida. Digo también que no ha de querer compensar bienes de naturaleza distinta, como la nobleza y el dinero, porque cada uno de ellos da menos realce al otro que lo que él se altera; además nunca hay avenencia acerca de la valuación común y, finalmente, porque la preferencia que cada uno da a lo que aporta prepara la discordia entre ambas familias y muchas veces entre ambos esposos.

También es cosa muy distinta para el orden del matrimonio que el hombre case con mujer superior o inferior a él; lo primero es totalmente contrario a la razón, lo segundo se conforma más con ella. Como la familia está conexas con la sociedad por sola su cabeza, el estado de esta cabeza es el que arregla el de la familia entera. Cuando se casa en clase inferior, no baja él, sino que encumbra a su esposa; por el contrario, cuando toma una mujer superior a él, la rebaja sin encumbrarse. De suerte que en el primer caso resulta bien sin mal, y en el segundo mal sin bien. Quiere también el orden de la Naturaleza que obedezca la mujer al hombre; por tanto, cuando la escoge en un orden inferior, concuerdan el orden natural y el civil, y está todo bien. Lo contrario sucede cuando, casándose en superior clase, se constituye el hombre en la alternativa de faltar a sus derechos o a la gratitud, y ser ingrato o despreciado. La mujer, pretendiendo entonces la autoridad, tiraniza a su dueño, y, convertido en esclavo, el amo se encuentra la más ridícula y miserable de las criaturas. Así son aquellos desventurados validos que honran y atormentan, haciéndolos sus favoritos, los reyes del Asia, y que, para acostarse con sus mujeres, dicen que se meten en la cama por los pies.

Tal vez muchos lectores, acordándose de que doy a la mujer talento natural para gobernar al hombre, me acusen aquí de contradicción, y se engañarán. Mucha diferencia hay de arrogarse el derecho de mandar, a gobernar al que manda. El imperio de la mujer es un imperio de dulzura, maña y condescendencia; sus órdenes son los halagos, sus amenazas los llantos. Debe reinar en casa, como un ministro en la nación, procurando que le manden lo que quiere hacer. En este sentido, es constante que los mejores matrimonios son aquéllos en que tiene la mujer más autoridad. Pero cuando desconoce la voz del cabeza, cuando quiere usurpar sus derechos y mandar ella, sólo miseria, escándalo y deshonor resultan de este desorden.

Réstanos la elección entre las iguales y las inferiores suyas, y todavía creo debe hacerse una restricción con respecto a las últimas, porque es dificultoso encontrar en las heces del pueblo una mujer capaz de hacer feliz a un hombre honrado: no porque haya más vicios en las últimas clases que en las primeras, sino porque hay en ellas pocas ideas de lo que es hermoso y decente, y porque la injusticia de los demás estados hace que éste tenga a justicia sus mismos vicios.

Naturalmente, el hombre piensa poco. Pensar es un arte que aprende como todos los demás, y con mucha más dificultad. Sólo dos clases realmente distintas conozco en ambos sexos, la una de personas que piensan, y la otra de las que no piensan: diferencia que casi únicamente proviene de la educación. Un hombre de la primera de estas dos clases no se debe casar en la otra, porque falta el mayor embeleso de la sociedad en la suya, cuando teniendo mujer se ve obligado a pensar solo. Las personas que pasan la vida entera trabajando en un oficio, no tienen otra idea que la de

su trabajo o su interés, y todo su entendimiento se encuentra al extremo de sus brazos. Esta ignorancia no perjudica a la probidad ni a las sanas costumbres y hasta puede contribuir a ellas; muchas veces se compone uno con sus obligaciones a puro reflexionar sobre ellas, y acaba sustituyendo a las cosas reales una fantasía. El más ilustrado de los filósofos es la conciencia: no es menester saber los Oficios de Cicerón para ser hombre de bien, y acaso la mujer más honesta del mundo sabe apenas lo que sea honestidad. No por eso es menos cierto que sólo un entendimiento cultivado hace agradable el trato, y que es triste cosa para un padre de familia, a quien gusta estarse en casa, verse obligado a encerrarse dentro de sí mismo, sin poder ser entendido de nadie de su familia.

Por otra parte, ¿cómo ha de educar a sus hijos una mujer que no tiene costumbre de reflexionar? ¿Cómo les ha de discernir lo que les conviene? ¿Cómo los ha de disponer para las virtudes que no conoce, para el mérito de que no tiene idea ninguna? No sabrá otra cosa que halagarlos o amenazarlos, hacerlos insolentes o medrosos; los hará tontos o pillos, mas nunca cabezas sanas ni criaturas amables.

Por tanto, no conviene a un hombre que tiene educación casarse con mujer que no la tenga, ni, por consiguiente, de una clase en que sea imposible tenerla. Pero todavía querría cien veces más una muchacha sencilla y con tosca educación, que una erudita y marisabidilla que viniese a formar en mi casa un tribunal de literatura, haciéndose la presidenta. Una mujer de esta especie es el azote de su marido, de sus hijos, de sus amigos, de sus criados, de todo el mundo. Desde la sublime elevación de su vasto ingenio, mira con desprecio todas las obligaciones de mujer, y siempre empieza haciéndose hombre. Fuera de casa se hace ri-

dícula y es criticada con mucha razón, porque no puede menos de serlo cualquiera que sale de su estado y no está destinado para aquél que quiere tomar. Todas esas mujeres de gran talento sólo a los tontos engañan: siempre se sabe cuál es el artista o el amigo que lleva la pluma o el pincel cuándo trabajan, y cuál el misterioso letrado que secretamente las dicta sus oráculos. Toda esta embustería es indigna de una mujer honrada y, aun cuando tuviese verdadero talento, le envilecería su presunción. Ser ignorada, es su dignidad; su gloria se funda en la estimación de su marido, y sus contentos en la dicha de la familia. Lector, a vos propio apelo: sed sincero. ¿Qué os da mejor idea de una mujer cuando entráis en su gabinete, y hace que os acerquéis a ella con más respeto; verla ocupada en las tareas de su sexo, en los cuidados caseros, arreglando la ropa de sus hijos, o encontrarla en su tocador componiendo versos, cercada de folletos de toda especie y de esquelitas de todos colores? Ninguna soltera literata hallará marido en toda su vida, cuando no haya en la tierra más que hombres de juicio,

Quæris cur nolim te dicere, Galla? diserta es (67).

Después de estas consideraciones viene la de la figura, que es la primera que se nota, y la última que debe hacerse, pero todavía se ha de apreciar en algo. La mucha hermosura me parece se debe huir más bien que desearse en el matrimonio. La beldad se gasta pronto con la posesión: al cabo de seis semanas ya no

(67) ¿Por qué contigo no me caso dices?  
Eres sabida, Gala.

es nada para el poseedor, pero sus peligros duran tanto como ella. A menos que una mujer hermosa sea un ángel, su marido es el más desventurado de los hombres y, aun cuando ella fuese un ángel, ¿cómo ha de impedir que su esposo se halle sin cesar cercado de enemigos? Si no fuera repugnante la suma fealdad, la preferiera yo a la suma belleza, porque como al poco tiempo son nulas para el marido una y otra, la belleza es un inconveniente y la fealdad una ventaja. Pero la mayor desdicha es una fealdad que cause repugnancia: lejos de borrarse este afecto, se aumenta sin cesar, y se convierte en odio. Semejante matrimonio es un infierno; más valiera estar muertos que unidos de esta suerte.

Buscad en todo la medianía, hasta en la belleza. Una figura que agrada y capta el ánimo, que inspira más benevolencia que amor, es preferible, no causa sustos al marido y las utilidades de ella redundan en común provecho. Las gracias no se gastan como la belleza; tienen vida, sin cesar se renuevan, y al cabo de treinta años de matrimonio, una mujer honrada con gracias, agrada a su marido lo mismo que el primer día.

Estas son las reflexiones que me han determinado para la elección de Sofía. Alumna de la Naturaleza así como Emilio, es más a propósito para él que ninguna otra; será la mujer del hombre. Igual suya en mérito y cuna, es inferior en punto a riqueza. A primera vista no embelesa, pero gusta más cada día. Por grados prendan más sus dotes; sólo se desenvuelven en la intimidad del trato, y más que nadie las reconocerá su marido. Su educación no es brillante ni abandonada: tiene gusto sano sin cultivo, talento sin arte, juicio sin conocimientos. Su entendimiento ignora, pero está cultivado para aprender; es tierra bien abonada que sólo espera la semilla para fructificar. No ha leído

otros libros que el de su aritmética y el de las aventuras de Telémaco, que por casualidad le vino a las manos; ¿pero tiene el corazón insensible y el alma privada de delicadeza una doncella capaz de apasionarse de Telémaco? ¡Oh, qué amable ignorante! ¡Venturoso el que esté destinado a instruirla! No será profesora de su marido, sino su discípula: lejos de quererle sujetar a sus gustos, se acostumbra a los de él. Este la querrá más que si estuviese instruída, porque tendrá la satisfacción de enseñárselo todo. Tiempo es ya de que se vean; ocupémonos en reunirlos.

Tristes y pensativos salimos de París: este pueblo de charlatanes no es nuestro centro. Vuelve Emilio una desdeñosa mirada hacia esta populosa villa y dice despechado: «¡Cuántos días perdidos en vanas pesquisas! ¡Ah, no es ahí donde reside la esposa de mi corazón! Amigo mío, bien lo sabíais vos; pero mi tiempo os importa poco y mis males os dan poco duelo». Mírole de hito en hito y le digo: «¿Emilio, creéis lo que decís?» Al instante se cuelga confuso de mi cuello y me estrecha en sus brazos sin responderme. Siempre es esta su respuesta cuando ha obrado mal.

Vamos por esos campos como verdaderos caballeros andantes; no buscando, como ellos, aventuras; pues, al contrario, huimos de ella abandonando París; pero imitando su andar errante, desigual, aguijando a veces el paso y caminando otras muy despacio. A fuerza de seguir mi método, ya se habrá el lector embebido en su espíritu, y espero que no haya ninguno tan preocupado por los estilos comunes que suponga que vamos en una silla de posta, bien cerrada y abrigada, sin ver ni observar nada, y haciendo nulo el intervalo desde el sitio de nuestra partida al de nuestro arribo, y con nuestro ligero andar perdiendo el tiempo creyendo ganarle.

Dicen los hombres que es corta la vida y veo que se afanan por acortarla. No sabiendo en qué emplear el tiempo, se quejan de la velocidad de su curso, y para su gusto corre con sobrada lentitud. Llenos siempre del objeto a que aspiran, ven con pesadumbre el intervalo que de él los desvía: uno quisiera estar en el día de mañana, otro en el mes próximo, otro diez años más tarde; ninguno quiere vivir hoy ni está satisfecho con la hora presente y todos encuentran su curso lento en demasía. Cuando se quejan de que corre muy rápido el tiempo, mienten, que con gusto pagarán la facultad de acelerarle; con gusto emplearán su caudal en consumir la vida entera, y acaso no hay uno que no hubiera ceñido sus años a cortísimas horas, si a gusto de su tedio hubiera podido quitar de ellos las que para él eran penosas, o a gusto de su impaciencia las que le desviaban del ansiado instante. Hay quien pasa la mitad de su vida en ir de París a Versalles, de Versalles a París, y de un barrio a otro, que no sabría qué hacerse con sus horas si así no hubiera dado en el modo de perderlas, y que de propósito se desvía de sus asuntos para ocuparse en buscar otros; que cree que gana el tiempo que en ellos gasta de más, y que no sabría de otro modo en qué emplear; o bien corre por correr y viene en posta, sin otro objeto que volverse como vino. ¡Oh, mortales! ¿No cesaréis nunca de calumniar a la Naturaleza? ¿Por qué os quejáis de que es corta la vida, y aun no lo es tanto como deseáis? Si uno de vosotros supiese refrenar lo bastante sus deseos para no anhelar nunca que pasase el tiempo, ese no la tendría por muy certa; para él vivir y gozar serían una misma cosa, y aunque hubiese de morir mozo, siempre moriría colmado de días.

Aun cuando no hubiera sacado de mi método más ventaja que ésta, sólo por ella se debiera preferir a

cualquiera otro. No he educado yo a mi Emilio para desear ni para aguantar, sino para disfrutar, y cuando explaya sus deseos más allá de lo presente, nunca es con tan impetuoso ardor que le importune la lentitud del tiempo. No sólo disfrutará del gusto de desear, sino del de acercarse al objeto que desea, y de tal modo son moderadas sus pasiones, que siempre está más donde se encuentra que donde se ha de hallar.

Así no viajamos como postillones, sino como caminantes; no sólo pensamos en los dos términos, sino en el intervalo que los separa. El mismo viaje es una diversión para nosotros: no le hacemos mustiamente sentados y como encarcelados en una cerrada jaula, ni viajamos con la molicie y sosiego de las mujeres. Ni nos privamos del cielo raso, ni del espectáculo de los objetos que nos rodean, ni de contemplarlos a nuestro sabor cómo y cuándo nos acomoda. Nunca se metió Emilio en un coche de camino ni corre la posta, a menos que lleve prisa. ¿Y qué puede dar prisa a Emilio? Sólo una cosa: gozar de la vida. ¿Añadiré, hacer bien cuando puede? No, porque eso también es disfrutar de la vida.

Un sólo modo concibo de viajar más agradablemente que a caballo, que es ir a pie. Sale uno cuando quiere, se para cuando se le antoja, anda tanto camino como le acomoda. Observa el país, se aparta a izquierda y a derecha, examina cuanto le interesa, se detiene en todos los puntos de vista. Si veo un río, sigo su corriente; si un espeso bosque, voy gozando su sombra; si una gruta, la visito; si una cantera, examino los minerales. Donde me divierto, me paro; así que me aburro, me voy. No dependo ni de caballos ni de postillón: no necesito escoger caminos trillados y veredas cómodas; por donde puede pasar un hombre, paso yo; cuanto puede ver un hombre, lo veo, y dependiendo

sólo de mí propio, disfruto cuanta libertad puede uno disfrutar. Si me detiene el mal tiempo y me aburro, tomo entonces caballos. Si estoy cansado... Pero Emilio se cansa poco, es robusto: ¿y por qué se ha de cansar? Nadie le corre. Si se detiene, ¿cómo se ha de aburrir? A todas partes lleva con qué divertirse. Entra en casa de un maestro: trabaja, ejercita sus brazos para que descansen sus pies.

Viajar a pie, es viajar como Tales, Platón, Pitágoras. Apenas comprendo cómo se puede resolver un filósofo a viajar de otro modo y privarse el examen de las riquezas que huella con sus plantas y que a sus ojos ostenta pródiga la Naturaleza. ¿Quién, algo aficionado a la agricultura, no desea conocer las producciones peculiares al clima que atraviesa y el modo de cultivarlas? ¿Quién se puede resolver, si es algo dado a la Historia Natural, a pasar por un terreno sin examinarle, por una roca sin descantillarla, por montañas sin herborizar, por entre piedras sin buscar fósiles? Vuestros filósofos de estrados estudian la Historia Natural en gabinetes: poseen bujerías, saben nombres y no tienen idea ninguna de la Naturaleza. Pero el gabinete de Emilio es más rico que el de los reyes, porque es el mundo entero. Cada cosa está en su lugar: el naturalista que de él cuida todo lo tiene colocado en perfectísimo orden. Daubenton no lo haría mejor.

¡Cuántos diversos contentos se reúnen con este agradable modo de viajar, sin contar la salud que se robustece y el genio que se explaya! Siempre he visto que los que viajaban en buenos y cómodos coches iban pensativos, tristes, regañones y desazonados, y los de a pie siempre alegres, listos y satisfechos. ¡Cuánto se ensancha el corazón cuando se llega a la posada! ¡Cuán sabrosa parece una tosca comida! ¡Con

qué gusto se pone uno a la mesa! ¡Qué buen sueño se duerme en un duro lecho! El que sólo quiere llegar, puede correr la posta; pero el que quiera viajar, ha de ir a pie.

Si antes de haber andado cincuenta leguas del modo que imagino no está olvidada Sofia, o tengo muy poca maña o Emilio muy poca curiosidad, porque con tantos conocimientos elementales difícil es que no le vengan deseos de adquirir otros. A medida que es mayor la instrucción, crece la curiosidad, y precisamente él sabe lo bastante para querer aprender.

No obstante, un objeto llama a otro, y siempre vamos adelante. He prescrito un término distante a nuestro primer viaje, y el pretexto es plausible: saliendo de París es preciso buscar una mujer muy lejos.

Un día, después de habernos descarriado más que de ordinario por montes y valles donde no se distingue camino alguno, no sabemos hallar el nuestro. Poco importa con tal que llegue uno; todos los caminos son buenos, pero es necesario llegar a alguna parte, cuando hay hambre. Por fortuna encontramos un rústico que nos lleva a su choza, y comemos con mucha gana su frugal vianda. Viéndonos tan fatigados, tan hambrientos, nos dice: «Si Dios los hubiera guiado a ustedes del otro lado de la colina, habrían sido mejor recibidos, hubieran dado con una casa de paz..., con personas tan caritativas..., con tan buena gente... No tienen mejor corazón que yo, pero son más ricos, aunque dicen que en otro tiempo lo eran mucho más... No les falta nada, gracias a Dios, y todo el país saca utilidad de lo que les queda».

Al oír la palabra de *buena gente*, se dilata el corazón de Emilio. «Amigo mío, dice mirándome, vamos hacia esa casa a cuyos amos bendice la vecindad: mucho gustaría de verlos, y acaso ellos gustarán de vernos

también. Estoy cierto de que nos recibirán bien: si son de los nuestros, seremos de los suyos».

Tomadas bien las señas de la casa, seguimos vagando por los bosques; nos coge un fuerte aguacero en el camino y nos retarda sin detenernos. Salimos al fin del apuro y, al anochecer, llegamos a la casa indicada. En la inmediata aldehueta, esta casa sola, aunque sencilla, tiene alguna apariencia. Nos presentamos y pedimos hospitalidad, nos introducen a hablar con el amo; nos hace preguntas, pero con cortesía, sin decir el motivo de nuestro viaje, decimos el de nuestro rodeo. De su pasada opulencia ha conservado la facilidad de conocer el estado de las personas por sus modales; cualquiera que ha vivido en el mundo rara vez se engaña en esta parte: con este pasaporte somos admitidos.

Nos enseñan un aposento muy chico, pero limpio y cómodo: hacen lumbre, hallamos ropa blanca y todo lo que necesitamos, «¡Qué! dice Emilio asombrado, parece que nos aguardaban. ¡Oh, cuánta razón tenía el rústico! ¡Qué bondad! ¡Qué previsión! ¡Y con gente desconocida! Me parece que estoy en los tiempos de Homero». — «Agradeced todo eso, le dije, pero no lo extrañéis; en todas partes donde son raros los forasteros, son agasajados; no hay cosa que más convide a la hospitalidad que el no verse muchas veces en la necesidad de darla: la afluencia de huéspedes es la que la destruye. En tiempo de Homero viajaban poco, y eran en todas partes bien recibidos los caminantes. Acaso somos nosotros los únicos pasajeros que se han visto aquí en todo el año». — «No importa, replicó, eso mismo hace su elogio, el saber vivir sin huéspedes, y recibirlos bien siempre».

Enjutos y mudados de ropa, volvemos a buscar al amo de casa, que nos presenta a su mujer, ésta nos re-

cibe, no sólo con cortesía, sino con bondad. Sus miradas se dirigen con preferencia a Emilio. En la situación en que aquélla se encuentra, rara vez mira una madre sin interés, o a lo menos sin curiosidad, entrar un hombre de esta edad en su casa.

En nuestro obsequio hacen adelantar la cena. En el comedor vemos cinco cubiertos: nos sentamos, y queda uno vacío. Entra una joven, hace una cortesía, y se sienta modestamente sin hablar palabra. Ocupado Emilio con su apetito y con sus respuestas, la saluda, habla y come; tan desviado está de su mente el principal objeto de su viaje, que todavía se cree muy distante del término. Entáblase la conversación sobre nuestro extravío. «Caballero, le dice el amo de casa, usted me parece un mozo amable y cuerdo, y esto me hace pensar que usted y su ayo han llegado aquí como Telémaco y Mentor a la isla de Calipso». — «Verdad es, responde Emilio, que encontramos aquí la hospitalidad de Calipso». — «Y las gracias de Eucaris», añade yo. Pero Emilio conoce la Odisea, y no ha leído a Telémaco, ni sabe lo que es Eucaris. Veo que la joven se pone colorada hasta los ojos, que baja sobre su plato, y no se atreve a respirar. La madre, que repara en su confusión, hace una seña al padre y éste muda de conversación. Hablando de su soledad, insensiblemente viene a referir los sucesos que en ella le han encastrado, las desventuras de su vida, la constancia de su esposa, los consuelos que en su unión han encontrado, la vida serena y tranquila que pasan en su retiro, pero sin decir una palabra de su hija. Todo esto forma una tierna y grata narración que no se puede escuchar sin interés. Conmovido y enternecido Emilio; deja de comer por escuchar. Finalmente, en el pasaje en que el más honrado de los hombres se explaya hablando del cariño de la más digna de las mujeres, el

caminante mozo, fuera de sí, aprieta una mano del marido que tiene agarrada, coge con la otra la de la mujer, y arrebatado se inclina sobre ella, regándola en llanto. La cándida viveza del mancebo hechiza a todos, pero la doncella, más enternecida que nadie con esta señal de su buen corazón, cree ver a Telémaco compadecido de las desdichas de Filoctetes. Le mira a hurtadillas para examinar mejor su figura, y nada en ella encuentra que desmienta la comparación. Su aspecto es libre sin arrogancia, sus modales vivos sin atolondramiento; su sensibilidad hace más dulce su mirada y más tierna su fisonomía; la doncella que le ve llorar tiene asomadas las lágrimas que van a mezclarse con las suyas. Con tan hermoso pretexto, la retiene una secreta vergüenza; ya no se acusa del llanto que a brotar de sus ojos iba, como si verterle por su familia fuera reprehensible.

La madre, que desde el principio de la cena no ha cesado de observarla, ve que está violenta, y para que se reponga la envía con un recado a otra habitación. Al cabo de un rato vuelve a entrar, pero tan desasosegada aun que su agitación es visible a los ojos de todos. Dícela su madre con blandura: «Sofía, serénate; ¿no has de cesar nunca de llorar las desgracias de tus padres? Tú, que eres su consuelo, no las sientes más que ellos».

A Emilio le da un brinco el corazón al oír el nombre de Sofía. Con la impresión que le hace tan amado nombre, se despierta sobresaltado, y clava una ansiosa mirada en la que le lleva. ¡Sofía, y Sofía! ¿sois vos la que busca mi alma? ¿la que ama mi corazón? La observa, la contempla con una mezcla de temor y desconfianza. No ve exactamente la figura que él se había retratado, ni sabe si la que ve vale más o menos. Estudia cada facción, acecha cada movimiento, cada

ademán; para todo halla mil interpretaciones confusas; diera la mitad de su vida porque quisiera ella hablar una sola palabra. Me mira inquieto y turbado; sus ojos me hacen cien preguntas a un tiempo, cien cargos. Parece que con cada mirada me dice: «Guiadme que aun es tiempo; si se entrega mi corazón y se engaña, no volveré de mi error en la vida».

Emilio es el hombre del mundo que menos sabe disimular. ¿Cómo ha de disimular en la mayor turbación de su vida, entre cuatro espectadores que le examinan, y que el más distraído de ellos en la apariencia es efectivamente el más atento? No se esconde su desasosiego a los sagaces ojos de Sofía; de sobra la instruyen de que es ella el objeto; bien ve que esta inquietud todavía no es amor: mas ¿qué importa? en ella se ocupa, y eso basta; mucha será su desgracia si se ha ocupado impunemente.

Las madres tienen ojos como sus hijas, y además experiencia. La de Sofía se sonríe al mirar el logro de nuestros proyectos. Lee dentro del corazón de ambos jóvenes, ve que es tiempo de fijar el del nuevo Telémaco y hace que hable su hija. Ésta, con su natural dulzura, responde en un tono tímido que produce más efecto. Al primer sonido de esta voz se rindió Emilio; es Sofía, ya no lo duda: aunque no lo sea, es ya muy tarde para desdecirse.

Entonces sí que los embelesos de esta encantadora doncella inundan en torrentes su corazón y se atraganta bebiendo ansioso el tósigo con que le embriaga. Ya no habla, ya no responde, sólo ve a Sofía, sólo a Sofía oye: si ella dice una palabra, abre él la boca; si ella baja los ojos, él los baja; si la ve respirar, respira; parece que le anima el alma de Sofía. ¡Cómo ha mudado la suya en pocos instantes! Ya no debe temblar Sofía, ahora le toca a Emilio. Adiós libertad, candor,

franqueza. Confuso, embargado, medroso, no se atreve a mirar en torno suyo por temor de ver que le miran. Avergonzado de que le adivinen, se quisiera volver invisible para saciarse de contemplarla sin que le observaran. Sofía, por el contrario, se ha serenado con el temor de Emilio; contempla su victoria y se goza en ella.

Nol mostra guiá, ben che in suo cor ne rida (68).

No ha mudado de semblante; mas, a pesar de su ademán modesto y sus ojos bajos, palpita de júbilo su tierno pecho, y le dice que Telémaco está encontrado.

Si entro aquí en la historia cándida y sencilla además de sus inocentes amores, acaso algunos tomarán a frívolo juguete estas menudas circunstancias, y no tendrán razón. No se considera lo suficiente el influjo que la estrechez primera de un hombre con una mujer ha de tener en la vida de ambos, ni se contempla que la impresión primera, cuando es tan viva como la del amor, o la propensión que a éste sustituye, produce dilatados efectos, cuyo encadenamiento en el progreso de los años no se percibe, pero que no cesan de obrar hasta la muerte. En los tratados de educación nos ponen un montón de inútiles y necias palabrotas acerca de las fantásticas obligaciones de los niños, y ni una palabra nos hablan de la parte más dificultosa y más importante de la educación, es decir, de la crisis que sirve de tránsito de la niñez al estado de hombre. Si he podido hacer provechosos estos ensayos bajo algún aspecto, será con especialidad por haber-

(68) No lo muestra, aunque ríe en su interior.

TASSO, *Ger. Lit.*, c, IV, 33.

me dilatado mucho en esta parte esencial, omitida por todos los demás, y por no haberme retraído de la empresa por falsas delicadezas, ni amedrentado con las dificultades del lenguaje. Si he dicho lo que conviene hacer, he dicho lo que he debido; poquísimamente importa haber escrito una novela: muy hermosa es la novela de la naturaleza humana. Si sólo en este escrito se halla, ¿es culpa mía? La historia debería ser de mi especie. Vosotros que la depraváis, sí que hacéis de mi libro una novela.

Otra consideración que refuerza la primera, es que no se trata aquí de un joven entregado desde su niñez al miedo, a la codicia, a la envidia, a la soberbia, a todas las pasiones que sirven de instrumento a las educaciones comunes, sino de un mancebo del que, no solamente éste es su amor primero, más también su primera pasión de toda especie, y de esta pasión, acaso la única que con tanta fuerza pueda sentir en toda su vida, pende la forma postrera que ha de tomar su carácter. Fijado su modo de pensar, sus sentimientos, sus gustos, por una duradera pasión, van a tomar una consistencia que no les permita alterarse nunca.

Bien se comprenderá que la noche de esta cena Emilio y yo dormimos poco. ¿Pues qué, tanto ha de poder con un hombre cuerdo la mera conformidad de nombre? ¿No hay más que una Sofía en el mundo? ¿Se parecen todas, como en el nombre, en el alma? ¿Han de ser la suya todas cuantas vea? ¿Está loco, que así se apasiona por una desconocida con quien nunca habló? Esperad, mancebo, examinad, observad. Ni siquiera sabéis aún en qué casa estáis, y el que os oiga se figurará que os hallan en la vuestra.

No es tiempo de lecciones, ni están estas destinadas a que las escuche; no hacen más que inspirar al mozo nuevo interés hacia Sofía, por el deseo de justificar su



inclinación. Esta identidad de nombre, este encuentro que él cree casual, mi misma reserva, no hacen más que inflamar su viveza: ya le parece Sofía tan estimable que está cierto de hacérmela querer.

Por la mañana bien me figuro que, con su mal traje de camino, procurará Emilio vestirse mejor. No falla, y me río de la prisa que tiene en servirse de la ropa blanca de la casa. Penetro su idea y descubro con gusto que procura, con tener que hacer restituciones y cambios, establecer una especie de correspondencia que le dé la facultad de enviar recados a la casa y volver a ella.

Había esperado hallar a Sofía algo más ataviada también, y me había equivocado. Esta vulgar astucia es buena para aquéllos a quienes una mujer solamente agrada quiere. La del verdadero amor es más acendrada y tiene otras pretensiones. Sofía está vestida con más sencillez que la vispera, y aun con más negligencia; pero con una limpieza escrupulosa. Si en esta negligencia veo retrechería, es porque veo afectación. Bien sabe Sofía que un adorno más estudiado es una declaración de amor; pero no sabe que uno más descuidado es lo mismo: pues no se contenta una mujer con agrada por su adorno, sino también por su persona. ¡Eh! ¿Qué importa al amante cómo se haya vestido su amada, si ve que se ocupa de él? Cierta ya Sofía de su imperio, no se ciñe a cautivar con sus embelesos los ojos de Emilio; también desea que su corazón ansie por ellos, y no le basta con que los vea, quiere que los suponga. ¿No ha visto ya lo bastante para obligarle a que lo adivine lo restante?

De presumir es que, durante nuestra conferencia, tampoco hayan estado mudas Sofía y su madre; habrá habido confesiones arrancadas e instrucciones dadas. Al día siguiente nos reunimos bien preparados. No

hace doce horas que se han visto nuestros mozos; todavía no se han dicho una palabra y ya se ve que se entienden. No se acercan uno a otro con familiaridad; están tímidos y confusos; no se hablan; sus ojos bajos parece que se evitan, y esto mismo es señal de mutua inteligencia: se hallan, pero de concierto, y ya sienten que necesitan de misterio antes de haberse dicho cosa ninguna. Cuando nos vamos, pedimos licencia de volver a traer nosotros mismos lo que nos llevamos. Emilio pide con la boca esta licencia a los padres, mientras que clavados sus inquietos ojos en la hija la solicitan con mucho más ahinco. Sofía no dice nada, ni hace seña ninguna, parece que ni ve ni oye; pero se pone encarnada, y este rubor es más clara respuesta todavía que la de sus padres.

Nos permiten volver sin convidarnos a que nos quedemos. Esta conducta es decente: se da albergue a caminantes que no encuentran posada, pero no es decoroso que pase la noche un amante en casa de su amada.

Apenas hemos salido de esta casa querida, cuando piensa Emilio en residir en las inmediaciones; la más próxima cabaña ya le parece muy distante, quisiera acostarse en los vallados de la quinta. «¡Mancebo atolondrado! Le dije con tono de lástima: ¡qué, ya os ciega la pasión! ¡Ya no veis ni el bien parecer ni la razón! ¡Desventurado! ¡Os creéis enamorado y queréis deshonorar a vuestra amada! ¿Qué dirán de ella, cuando sepan que un mozo que sale de su casa duerme en las inmediaciones? ¡Decís que la amáis! Pues entonces, ¿cómo queréis quitarle su reputación? ¿Es ese el pago de la hospitalidad que os han dado sus padres? ¿Causaréis el oprobio de aquélla de quien esperáis la felicidad?» ¿Y qué me importan, responde con viveza, los vanos dichos de los hombres y sus injustas sospe-